

La Gran Entrevista

Todo empezó un miércoles por la mañana. Sara se había levantado y había desayunado como siempre, sin imaginar que aquel no iba a ser un día cualquiera. A las diez recibió la llamada de teléfono que cambiaría su vida para siempre.

Lo primero que pensó al mirar la pantalla de su móvil y ver un número extraño con muchos dígitos era que la estaban llamando de alguna centralita para pedirle que cambiara de compañía de teléfono, o de gas, o de electricidad, o de seguro del coche. Tal vez incluso quisieran convencerla para hacer una demostración de aspiradoras en su domicilio. Descolgó con muy pocas expectativas, y lo que oyó la dejó de piedra:

–Buenos días, mi nombre es María López, de la agencia Andel de selección de recursos humanos, ¿podría hablar con Sara González Fernández? Llamaba en relación a una oferta de trabajo de administración en la que se ha inscrito.

El corazón le dio un vuelco mientras buscaba un lugar en su casa refugiado del sonido de la radio matutina y de las preguntas a gritos de su querida y algo sorda abuela acerca de la identidad de su interlocutor. La señorita le explicó que había sido preseleccionada para participar en el proceso de selección, y que debía personarse con un currículum actualizado esa misma mañana, dentro de exactamente media hora, en la sede de la compañía.

–Pero, ¿dónde es? –preguntó ella, nerviosa, por si no le daba tiempo.
–¿Tienes para tomar nota? Porque no voy a repetir esta información.

Sara se quedó un poco pasmada ante la contestación, pero no le dio ninguna importancia, pues estaba muy nerviosa. Buscó papel, anotó la dirección y, tras asegurarse de que se encontraba en Málaga capital, aseguró que allí estaría.

Buscó en Google Maps la localización mientras se daba un duchado rápido, imprimía su currículum y escogía su atuendo para las grandes ocasiones. Tras despedirse de su abuela con una sonrisa de oreja a oreja y enviar un WhatsApp a sus padres indicándoles adónde iba, cogió el coche familiar y se fue a la entrevista.

Tras un poco de callejeo encontró finalmente el lugar. El edificio en el que la habían citado no tenía ningún rótulo ni logotipo por fuera de la empresa Andel, y se sintió confusa. ¿Y si se había equivocado de sitio? Pero no, había un letrero sobre la puerta que rezaba “La Gran Entrevista”, además de un papel en el cristal que invitaba a los aspirantes al puesto de administración a pasar sin llamar. Más tranquila, suspiró y abrió la puerta.

Nada más entrar, una música llegó a sus oídos, una música que le resultaba ligeramente familiar:

Tin tirín tintín tintín tiriri tin tirín tintín...

El lugar parecía un set de grabación, pues había varias cámaras filmando y un periodista, pero tampoco le llamó la atención. Tal vez les habían dejado las instalaciones para la entrevista. Observó la recepción, un lugar agradable con plantas y cuadros. Había una chica tras un mostrador que le estaba sonriendo. Parecía pertenecer a alguna agencia de modelos. Sara se acercó a ella.

–Hola, venía a la...

–Entrevista, ¿verdad? Muy bien, ¿traes el currículum? Perfecto, luego los recogemos, siéntate con los demás mientras lo preparamos todo. Bienvenida a La Gran Entrevista.

Sintió curiosidad por saber a qué se refería exactamente con “todo”, pero eso solo la hizo sentir aún más excitada. Con un saltito se dio la vuelta para dirigirse a la salita donde esperaba el resto de candidatos. Pero antes de que pudiera llegar la asaltó el periodista, acompañado de un cámara.

–Aquí tenemos a una nueva candidata. La saludamos. Hola, muchacha, ¿cómo te encuentras? ¿Estás nerviosa?

–Pues sí, bastante –reconoció ella con una sonrisilla.

–¿Puedes decirnos cuál ha sido tu experiencia laboral hasta ahora?

–Pues he hecho la doble titulación de Derecho y Economía, y los últimos 6 meses los he pasado haciendo prácticas de empresa en un despacho de abogados, pero éste sería mi primer contrato de trabajo...

–¡Ah, eso explica tu nerviosismo, chica! ¡Pues mucha suerte!

Sin dejar de agradecersele, Sara entró por fin a la sala de espera. Una gran parte de los sillones se encontraban ya ocupados por chicos y chicas que serían aproximadamente de su misma edad. Todos ellos parecían tener un grado de nerviosismo similar al suyo y se saludaron con un movimiento de cabeza y una sonrisa rígida.

Tras ella llegó un par más de muchachos, que tras la correspondiente conversación con la recepcionista y el periodista, se sentaron en los sillones desocupados.

La música se hizo entonces un poco más fuerte, las luces giraron como si fueran focos y la puerta del fondo de la sala se abrió de improviso, haciéndoles saltar de sus asientos. El periodista y uno de sus cámaras se apresuraron a asomarse a la salita mientras ellos contemplaban cómo de entre una humareda muy teatral un hombre salía a recibirlos: alto, delgado, trajeado, con una sonrisa que parecía sacada de un anuncio de dentífricos y una expresión de extrema felicidad.

–¡Bienvenidos a La Gran Entrevista! Vamos, chicos, podéis pasar ya a la sala –les dijo–. Dejadme vuestros currículums y entrad.

Se levantaron y se acercaron a él. El hombre recogió los currículums en mano mientras les dirigía saludos y felicitaciones, combinado con algún cumplido exagerado.

Tras entrar por la puerta, Sara se encontró en un aula llena de mesas y sillas individuales, orientadas hacia una pizarra electrónica y una mesa de profesor con un ordenador y extraños aparatos electrónicos que no había visto nunca. No se le escapó que había cámaras de vigilancia en las cuatro esquinas de la sala, observándoles con luces parpadeantes. Todos se fueron sentando, cada vez más nerviosos, mientras el hombre de la sonrisa de anuncio los contaba y el periodista y su cámara elegían el mejor lugar para retransmitirlo todo.

–Muy bien, ya estáis aquí, nuestros 20 elegidos. Me llamo Francisco Gómez y voy a ser el seleccionador. Sois muchos los interesados por esta oferta de trabajo, así que os damos las gracias por el interés que nos habéis prestado –hizo una gran inclinación de cabeza hacia ellos. Sonó algún aplauso aislado. Luego prosiguió–. Y con las titulaciones que tenéis todos, nos lo habéis puesto muy complicado para elegir. Hemos seleccionado a los mejores para este proceso, pero tendréis que demostrarnos algo más para ser elegidos. Así que hemos preparado una serie de pruebas para analizar vuestras habilidades y conocimientos. Conforme vayamos pasando las pruebas iremos descartando candidatos hasta que nos quedemos con el mejor de vosotros. ¿Alguna pregunta?

–Sí –dijo un muchacho moreno que estaba sentado en primera fila–. ¿Cuántas vacantes hay, solamente una?

–Buena pregunta, chico. Pues sí, sólo hay una. Pero haremos una base de datos con vuestros resultados, y se la pasaremos a la empresa por si necesitara más personal en el futuro. ¿Alguien más?

–¿Puede decirnos algo acerca del puesto de trabajo a cubrir? ¿Qué empresa es, a qué se dedica exactamente y qué tareas tendríamos que hacer? –preguntó una chica del fondo.

–Eso lo explicaremos más adelante, hay tiempo para todo, no os agobiéis, ahora simplemente centraos en las pruebas. Venga, más preguntas.

–¿Qué tipo de pruebas son? –preguntó entonces un chico de la segunda fila.

El hombre amplió su sonrisa.

–Si os lo dijera, ¿dónde estaría la gracia? Va a ser una incógnita para todos, así veremos vuestra reacción a cada una de ellas. Os las iremos explicando conforme las vayamos superando. Pero gracias por el interés. ¿Algo más? –miró a la clase con expectación, pero como nadie más dijo nada (aunque si se oyó algún murmullo), se frotó las manos con impaciencia–. ¡Pues vamos allá! –dijo con entusiasmo. Sonaron nuevos aplausos, que esta vez sí llenaron la sala–. La primera prueba es un test psicotécnico. Tendréis una hora para realizar los ejercicios del impreso que vamos a repartir ahora. Es muy largo, así que haced lo que os dé tiempo, no os preocupéis si no lo completáis.

Apareció en escena una azafata trayendo cajas llenas de formularios, y juntos comenzaron a repartir impresos y bolígrafos. Los colocaban boca abajo sobre las mesas, mientras el cámara filmaba la escena con todo lujo de detalles. Oyeron los comentarios

del periodista aunque, para no interrumpirles, los hacía en voz muy baja, como si estuviera narrando un documental de tigres blancos dormidos:

–Parece que la prueba va a dar comienzo. Estos chicos tendrán que enfrentarse en primer lugar a un psicotécnico del que no se conoce la dificultad, aunque sí la duración, de una hora. ¿Cómo llevarán este tipo de prueba los intrépidos candidatos? Recordemos que algunos serán eliminados tras este ejercicio...

Sara trató de no oír lo que decía, pues se estaba poniendo muy nerviosa. Nunca había hecho un psicotécnico, y si el resto de compañeros había practicado, sus posibilidades de sobresalir de entre los demás disminuían drásticamente. Trató de dejar la mente en blanco mientras le sonreía a Francisco, que en ese momento le dejaba el pliego en su mesa.

–Muy bien, todos tenéis el impreso, ¿no? –dijo el hombre tras volver a la mesa del profesor junto a la azafata–. Pues entonces, la prueba da comienzo... ¡Ya!

Todos dieron la vuelta a sus papeles y comenzaron a leer. Con un suspiro, Sara imitó a sus compañeros, escribió su nombre en la parte de arriba del papel y comenzó a leer los enunciados. Asombrada, observó que no se parecían mucho a lo que ella esperaba de un test psicotécnico. Había pensado que las preguntas serían pequeños problemas matemáticos para resolver de cabeza, series numéricas y de símbolos que había que averiguar cómo continuaban, textos para comprensión lectora, etc. Y sin embargo, la primera pregunta era la siguiente:

1. Si $2 + 2$ fueran 10, ¿de qué color sería el sol?
 - a. Amarillo
 - b. Blanco
 - c. Azul
 - d. Ninguna de las anteriores.

Y el resto de preguntas parecían del mismo estilo.

Sara miró a su alrededor, para ver si alguno de los candidatos parecía tan perdido como ella. Pero no pudo resolver su duda: tenía al cámara justo junto a su cabeza, filmando su impreso. Oyó al periodista comentar en voz muy baja desde la fila de atrás:

–Parece que hay un poco de confusión entre los candidatos; aquí hay un chico que ya está leyendo la segunda página sin haber siquiera contestado una sola de las preguntas de la primera. Vamos a ver qué tal le va a los demás...

Llena de horror, antes de que el hombre se acercara a ella, Sara decidió hacerse la concentrada. Era un truco que había aprendido durante los exámenes de la carrera, pues nunca había podido soportar que los profesores miraran por encima de su hombro mientras ella trataba de recordar fórmulas, nombres o fechas. Por suerte, el reportero no se paró a su lado, sino que llamó al cámara y ambos se acercaron a su compañera del pupitre contiguo, que parecía marcar opciones a la velocidad de un fórmula uno.

–Este muchacha es mágica, mirad qué manera de responder –susurraba el comentarista entonces–. ¿Estará tan segura como parece de sus respuestas? Pronto lo sabremos.

Volviendo la mirada a sus papeles, Sara se encogió de hombros y marcó “Azul”. Al fin y al cabo, pensar más no le hubiera servido de mucho, y si hablaban de algo hipotético, cualquier respuesta sería buena... Repitió esa táctica con el resto de preguntas, marcando con el bolígrafo la primera opción que se le ocurría en cada caso.

La hora pasó mucho más rápido de lo que creía, pues inventar las contestaciones era divertido. Supo que el plazo había terminado, no porque lo viera en su reloj, sino porque la música volvió a sonar, más fuerte que antes:

Tin tirín tintín tintín tiriri tin tirín tintín...

–Vamos chicos, soltad los bolígrafos y ponedlos con los impresos al borde de la mesa para que los podamos recoger –decía Francisco, de nuevo muy sonriente.

Entre la azafata y él recogieron papeles y bolígrafos para luego volver a la mesa y juntarlos en un solo montón. Todos les observaban, esperando que dijeran para cuándo tendrían los resultados. Su asombro fue mayúsculo cuando los vieron introducir los pliegos, los de cada candidato por separado, en una de las máquinas que había en la mesa del profesor. La máquina tardaba un momento y luego los devolvía con un sonido. Pronto descubrieron que el sonido de trompetas indicaba que estaba aprobado, mientras que en caso contrario sonaba un claxon. Para sorpresa de Sara, sonaron muchas más trompetas que bocinas.

–¿Qué esperas de esta primera prueba? –dijo una voz junto a su hombro.

Al volverse, Sara descubrió que el periodista se había colocado a su lado, mientras el cámara grababa su expresión de desconcierto.

–Creo que me ha ido bien –susurró ella–. Pero no sabría decirle...

–Aquí lo tenemos, parece que se sienten bastante optimistas. Vamos a acercarnos al estrado. Sígueme, José –le indicó al cámara.

Mientras ambos avanzaban al inicio de la clase, Francisco y la azafata sonreían sin moverse del sitio. Habían terminado de pasar los test por la máquina y parecían esperar algo. Entonces le dieron la bienvenida a una mujer mayor de aspecto severo, con el pelo blanco y muy corto, que entró en la sala y que la recorrió de punta a punta con una mirada glacial. Todo se quedó en silencio mientras la mujer cogía un papel cuadrado que salía de la máquina. Tosió para llamar su atención.

–Los eliminados de este proceso de selección tras la primera prueba, y que, por lo tanto, deberán abandonar estas instalaciones, son los siguientes –hubo un momento de tensión que se acentuó por la música, que ahora cambió a un redoble de tambor–: Ana

López, Fernando García, Alberto Castillo, Susana Hernando, Marta Gil, Mateo Rodríguez, Alba España y Lorenzo Cruz.

Tin tirín tintín tintín tiriri tin tirín tintín...

El ambiente cambió mientras los mencionados se ponían en pie entre lágrimas y bajaban hasta el estrado, y los demás soltaban suspiros de alivio. La mujer mayor salió de la habitación llevándose con ella el sobre con los resultados, Francisco les estrechó las manos a los eliminados y la joven azafata les abrió las puertas para que fueran saliendo a la sala de espera, donde los esperaban nuevos periodistas para hablar con ellos. Sara no pudo menos que sonreír. ¡Había superado la primera prueba! Pero aún le quedaban algunas más, así que procuró mostrar modestia. Aún podía pasar cualquier cosa.

Una vez se recuperó la calma en el aula, Francisco recuperó la atención de todos aplaudiéndoles con entusiasmo.

–¡Muy bien, chicos, así se hace! Ahora solamente quedáis 12 candidatos, un número un poco más manejable que antes, pero aun así, haremos una nueva criba con la siguiente prueba. No debéis preocuparos, se trata de una entrevista individual ante un jurado. Os haremos algunas preguntas y solamente tenéis que responder lo mejor posible, ¿vale? Os iremos llamando desde aquella puerta.

Señaló el fondo del aula. Todos miraron con expectación y la cámara giró para encarar aquella zona. Allí había una puerta simple, que se abrió desde dentro para mostrar a un azafato, saludándoles con una radiante sonrisa. Detrás de él asomaban más cámaras.

Francisco se dirigió hacia allí, dejándoles solos con el periodista, que decía algo en su micrófono aunque nadie le prestaba atención, pues estaban de nuevo muy nerviosos. Una entrevista personal, ¿qué les preguntarían? Sara comenzó a hacer una lista mental con las preguntas más probables y las mejores contestaciones que se le ocurrían, pero luego lo dejó. Si todo el proceso iba a ser tan imprevisible como el test psicotécnico que acababan de realizar, lo más seguro es que la entrevista no se pareciera en nada a lo que estaba pensando.

Al poco rato salió el azafato.

–¿Miguel Sánchez? –preguntó con voz suave.

Un muchacho corpulento se levantó y le siguió tras la puerta. Cada pocos minutos llamaban a otro de ellos. A Sara le tocó la penúltima. Acudió muy nerviosa a la puerta cuando dijeron su nombre, repasando mentalmente sus puntos fuertes y débiles, así como lo que ella era capaz de ofrecer a la empresa.

Pero al entrar se le quedó la mente en blanco. Se encontraba en el escenario de una especie de salón de actos... ¡con público! Aquellas personas la recibieron con un

poderoso aplauso, al que ella contestó con un tímido movimiento de la mano. En uno de los lados del escenario había una mesa alargada. Sentados tras ella se encontraban Francisco y una mujer de mediana edad con gruesas gafas de pasta. Junto a ellos había otra silla libre, donde se sentó el sonriente azafato. No había más sillas, por lo que Sara se quedó de pie delante de la mirada escrutadora del jurado, con el público a su lado.

–Sara, te presento a Isabel García, miembro de nuestro jurado –habló Francisco.

–Buenos días, Sara –le dijo la mujer de las gafas de pasta. Ella contestó con una sonrisa y una leve inclinación de cabeza.

–Muy bien, pues empiezo yo –retomó la palabra Francisco–. ¿Podrías contarnos un chiste corto?

–¿Un chiste? –dijo Sara, anonadada. Se mordió el labio y fue incapaz de recordar alguna broma con la que pudiera tener éxito. Luego recordó un chiste muy tonto que le habían contado el otro día, y decidió probar suerte–. Pues esto es un profesor que le pregunta a un alumno: “Si tengo 4 manzanas en una mano y 5 en la otra, ¿qué tengo en total?”, y él le dice “Unas manos muuuuy grandes”.

En la mesa, el jurado prorrumpió en sonoras risotadas. El público aplaudía de nuevo con fervor, mientras el sonido de sus carcajadas hacía eco en el auditorio. Sara se sonrió. ¿De verdad había sido un chiste tan bueno?

–Vale, mi turno –dijo Isabel cuando todos pudieron controlar su risa–. Por favor, tararea una canción que te guste mientras montas este puzle.

La mujer le tendió cuatro piezas de puzle, cada una de ellas con un número en grande, del 1 al 4. Sintiéndose más relajada, Sara cogió las piezas y las montó sobre la mesa al tiempo que se esforzaba en tararear una canción que había oído en el coche mientras iba hacia la entrevista. Una vez hubo acabado, miró a la mujer y se sorprendió al ver que la había estado cronometrando.

–Muy bien, perfecto –le sonrió. El público aplaudió de nuevo.

Luego, tanto Francisco como Isabel se volvieron hacia el fondo del escenario. Allí, la mujer mayor de pelo blanco que había leído los resultados del psicotécnico aguardaba con un sujetapapeles y un bolígrafo. La mujer avanzó hacia ella, y Sara se preguntó si había estado allí desde el inicio, pues no la había visto.

–Pues empecemos con las puntuaciones –dijo mirando hacia el público. Luego se volvió hacia la mesa–. Señores del jurado, ¿qué nota le ponéis a Sara González? Francisco, si eres tan amable...

–Yo la he visto bien, un poco rígida al inicio, pero luego ha sabido responder a nuestras preguntas sin apenas un titubeo. Su chiste, aunque un poco simple, ha sido muy bien interpretado; y con el puzle ha estado bien, aunque no he reconocido la canción que intentaba tararear, no tenía ritmo. Sara, creo que te mereces un 7.

El público abucheó, al parecer no estaba de acuerdo con la puntuación. Se oyó algún grito que decía “¡Súbele la nota, soso!”, pero Francisco no se inmutó. Tal vez el

público había repetido la jugada con cada uno de los candidatos. Isabel carraspeó y tomó la palabra mientras se hacía de nuevo el silencio en la sala.

–Pues yo creo que esta chica va a dar mucho que hablar en el futuro, el chiste me ha saltado los lagrimones, y el tarareo ha sido perfecto, junto a un ensamblaje muy profesional del rompecabezas. Te mereces un 10, y esa es la nota que te pongo.

De nuevo, el auditorio hizo saber su opinión, aunque esta vez parecían de acuerdo con Isabel y no le pedían que modificara la nota, sino que le gritaban “¡Eso es, así se habla!”. Después rompieron en aplausos.

–¡Muchas gracias! –contestó Sara, sonriendo de oreja a oreja a todos los de la sala.

El azafato la acompañó a otra sala, donde se apiñaba el resto de candidatos que ya había pasado la prueba. Algunos parecían muy nerviosos, otros habían palidecido y un pequeño grupo sonreía insulsamente. El periodista corrió hacia ella micrófono en mano.

–Bueno, muchacha, ha ido bastante bien, ¿no? ¿Estás contenta con tu nota?

–Sí, claro –respondió ella–. No esperaba tan buena puntuación, en realidad...

No tuvieron que esperar mucho más. Tras un momento salió la última candidata, una chica de pelo muy rizado que parecía a punto de echarse a llorar, mientras el azafato les decía que esperaran un poco y volvía a cerrar la puerta.

El reportero comenzó su breve entrevista a la llorosa aspirante que acababa de salir del auditorio, que se quejó de que el jurado no tenía sentido del humor. Por sus respuestas, Sara intuyó que le habían puesto un 5 raspado.

Unos minutos después volvió a escucharse la música fuerte:

Tin tirín tintín tintín tiriri tin tirín tintín...

Entonces, la puerta se abrió y salieron los miembros del jurado junto a la mujer de pelo blanco, sujetando de nuevo su portapapeles. Tras unos momentos, la música volvió a convertirse en aquel redoble de tambor mientras ella se aclaraba la garganta con mucho secretismo. Todos los candidatos la miraban con el corazón en un puño.

–Los que continúan en este proceso de selección tras la segunda criba, y que, por tanto, se disputarán el ansiado puesto de trabajo en la tercera y última prueba, son los siguientes: Eduardo Mora, Laura Garrido y Sara González.

En ese momento se armó un gran revuelo. La chica de pelo rizado dio una patada en el suelo mientras soltaba una exclamación malsonante, pero fue la única. Los ocho eliminados restantes lloraban y felicitaban a los tres seleccionados. Sara se encontró en medio de un multitudinario abrazo y no pudo evitar que se le escaparan algunas lágrimas de felicidad mientras palmeaba las espaldas de los descartados en aquella

prueba. Habían pasado pocas horas juntos, pero se comprendían a la perfección. Sus historias eran tan parecidas...

Después de un momento de confusión consiguieron separarse y sonrieron a las cámaras que seguían todos sus movimientos. Los eliminados se despidieron de ellos y el azafato guio a los tres elegidos hacia una nueva salita con sillones. Les indicó que se sentaran y esperaran, así que se apresuraron a obedecer. También allí había cámaras en las esquinas.

Hablaron de cosas sin ninguna trascendencia mientras esperaban, aunque por la actitud del cámara, que no se perdía palabra de sus conversaciones, parecía que estaban decidiendo el futuro del país. Se preguntaban cuál sería la tercera y última prueba, y se deseaban suerte los unos a los otros. A Sara le parecía que sus compañeros eran sinceros al hacerlo, y se sorprendió a sí misma deseando que ellos pasaran también la prueba. ¡Sería maravilloso que pudieran trabajar los tres juntos!

Tin tirín tintín tintín tiriri tin tirín tintín...

La música les sorprendió tanto que se levantaron de inmediato de sus asientos. La puerta por la que habían entrado volvió a abrirse, y por ella entraron Francisco y una nueva azafata, que traía una urna de cristal con tres bolas en su interior. No les extrañó ver que les seguían el periodista y su fiel cámara.

–Muy bien, chicos, ya estamos llegando al final –les dijo, muy contento–. ¿Cómo estáis, cómo os encontráis? ¿Más tranquilos?

Ellos apenas pudieron responder, pero por sus sonrisas dieron a entender que estaban emocionados por la proximidad del final del proceso. Tenían tantas ganas de saber qué iba a pasar a continuación...

–Perfecto –continuó Francisco–. Pues vamos al lío. La siguiente prueba es una yincana. De forma individual, tendréis que recorrer un camino y realizar una serie de tareas en el menor tiempo posible. Con esta urna decidiremos el turno de cada uno de vosotros. Ninguno de los candidatos verá la prueba de los demás, para que no tengan pistas adicionales. Como es natural, os cronometraremos, y el que llegue antes a la meta, tras ejecutar correctamente las tareas, obtendrá la plaza a cubrir.

Sara contuvo una risa. Siempre le habían gustado las yincanas, aunque nunca las había hecho sola; solía ir con su grupo de amigos, de forma que se repartían las pruebas en función de sus habilidades. Pero aun así, le parecía divertido y asequible. Tal vez fuera la primera prueba en la que se sentiría cómoda. También sus compañeros parecían contentos al pensar en la yincana.

Francisco, al ver la confianza que ellos mostraban ante la prueba, sonrió.

–Bien, pues vamos a decidir el orden en el que saldréis.

La sonriente azafata les acercó la urna y de uno en uno metieron la mano y sacaron una bola. Francisco les indicó que las abrieran frente a la cámara, y Sara se encontró en la suya un papel con el número 3. Sería la última en salir. Miró a sus compañeros: Laura tenía el 1 y Eduardo el 2. Los tres mostraron sus papeles mientras Francisco les aplaudía.

–Perfecto. Pues entonces, Laura Garrido, síguenos. Vosotros dos quedaos aquí, os recogeremos cuando sea vuestro turno.

El tiempo pasó rápido para Sara, a pesar de tener el tercer turno. Apenas habían comentado nada de interés cuando la azafata vino a por Eduardo, y únicamente le dio tiempo a pensar en quitarse los zapatos de tacón, para poder ir más ligera, antes de que la llamaran a ella. Esto le hizo pensar que sus compañeros habían sido muy rápidos en la yincana, por lo que los nervios volvieron a retorcerle el estómago.

Acompañó a la azafata a una gran sala que parecía una oficina típica de cualquier empresa, repleta de cubículos de trabajo que en su mayoría parecían equipados con ordenador, papelería y un corcho con avisos importantes para su usuario. Por el suelo se veía un riel en el que había enganchada una cámara autónoma que seguramente seguiría sus movimientos durante la prueba.

Francisco la esperaba junto a la puerta, con un sobre en las manos y una sonrisa de oreja a oreja.

–Muy bien, Sara, ya ha llegado tu turno. Aquí tienes los cubículos y la tarea que debes realizar en cada uno de ellos.

La chica cogió el sobre con manos temblorosas mientras el periodista y su cámara se colocaban en su hombro para mirar con ella. Sacó el papel y leyó:

- Cubículo 1: Encestar todas las bolas de papel de la mesa en la basura del cubículo 3.
- Cubículo 4: Enganchar todos los clips del cenicero en una larga cadena y colocarla para impedir el paso por el pasillo de la izquierda.
- Cubículo 9: Hacer una fotocopia de un DNI para que salga anverso y reverso cada uno en una cara del folio.

Tras leerlo, lo que le pareció más complicado fue la fotocopia, pero no quiso adelantar acontecimientos.

–¿Lo has leído todo? –le preguntó Francisco. Ella asintió–. Muy bien, pues si no tienes ninguna pregunta, empezaremos a cronometrarte a partir de... ¡ya!

Sara dio unos pasos y miró los números que había en cada cubículo, trazando en su cabeza el camino que tendría que recorrer. Luego se apresuró hacia el primer cubículo a su derecha, que tenía el número 1. La mesa estaba llena de bolas de papel. La chica cogió la primera, levantó la vista y miró el cubículo que estaba justo frente a ella,

con un número 3 en grande. Vio que, en el suelo, había varias papeleras. Con un vistazo general, comprobó que solamente una de ellas era para reciclaje de papel, por lo que apuntó hacia allí. Encestó a la primera, y lo mismo hizo con el resto de bolas.

Después echó a correr hacia el cubículo 4, al lado de aquel que había usado como cesta de baloncesto. Pero se llevó un chasco: no había ningún cenicero en la mesa. Con rapidez, abrió los cajones de la mesa, miró detrás de la pantalla del ordenador, detrás de una taza de humeante café... pero no dio con el cenicero, y tampoco había ningún clip. Se mordió el labio, comenzando a desesperarse. Y luego cayó en la cuenta de que estaba prohibido fumar en las oficinas, así que cogió un post-it y escribió en grande: “No fumar”. Satisfecha, la pegó en la pantalla del ordenador. Pero, el objetivo sería el de impedir el paso por el pasillo de la izquierda ¿cómo podía conseguirlo sin recurrir a los clips? Entonces, riendo, cogió la silla y la atascó en el pasillo, en el estrecho espacio entre cubículos.

A continuación casi voló hacia el cubículo 9, puesto que había perdido mucho tiempo en el 4. Allí había un DNI, pero no había fotocopidora. Como esperaba algo así, Sara no se alteró. Levantó la mirada y fue directamente hacia el fondo de la oficina, donde se escondía una máquina grande de fotocopias. Se aseguró de que tenía papel y luego se las ingenió para hacer la fotocopia del carnet para que saliera una parte en cada cara del papel. En cuanto salió el papel, Sara corrió hacia Francisco, que detuvo su reloj con una sonrisa.

–Muy bien, Sara. Pues ya está todo hecho. Ahora Silvia te acompañará con los demás para que demos el veredicto final.

–Gracias, Francisco –respondió ella.

La azafata Silvia la acompañó a otra salita (¿cuántas tendría ese edificio?), donde se reencontró con sus dos compañeros. Ellos la recibieron con un gran estruendo, mientras le preguntaban a la vez cómo le había ido y el periodista no perdía palabra con su micrófono. Les contó lo del cenicero y ambos se sintieron identificados, aunque Laura comentó que se lo había imaginado desde el principio y que había tirado el café de la taza en el suelo del pasillo para que nadie pasara, y que con lo que había tenido más dificultad era encestando las bolas de papel. El muchacho dijo que tras buscar los clips había utilizado también la silla como obstáculo, como ella, pero se había quedado atascado con la prueba de la fotocopidora, pues tardó en encontrarla y necesitó dos intentos para conseguir la fotocopia perfecta. Ninguno de ellos se sentía completamente satisfecho con su intervención, y se desearon suerte los unos a los otros.

Tin tirín tintín tintín tiriri tin tirín tintín...

El sonido de la música volvió a pillarles desprevenidos, pues estaban hablando. Pero en cuanto vieron que la puerta de la salita se abría se callaron de inmediato. Francisco, Isabel, la mujer del pelo blanco y los ayudantes de las pruebas anteriores entraron con aires de gran divinidad, y ellos se cogieron las manos temblorosas en señal de apoyo y compañerismo.

–Bueno, chicos, hemos llegado al final de La Gran Entrevista –habló entonces Francisco–. He de decir que estamos muy contentos con vuestra participación, y que si por mí fuera, entraríais los tres. Es muy difícil elegir entre gente de tanta calidad.

Francisco y los demás aplaudieron mientras ellos se sonreían, cada vez más nerviosos. Les iban a hacer sufrir hasta el final.

–Yo suscribo las palabras de mi compañero –añadió Isabel, tomando la palabra tras el aplauso–. Y de verdad os auguro la mejor de las suertes en el futuro. Sólo puede quedar uno, pero sabed que los tres sois ganadores.

Nuevos aplausos siguieron a este discurso. Las manos comenzaron a sudarles del nerviosismo, pero no se las soltaron. No hasta que dieran el resultado. Supieron que llegaba el momento cuando sonó por tercera vez el redoble de tambor. La mujer de pelo blanco mostró un sobre cerrado a la cámara y a ellos, y lo abrió con parsimonia. Tosió con cuidado para aclararse la voz y ellos se apretaron las manos.

–Tras la tercera... y última prueba... de La Gran Entrevista... nuestro jurado... ha decidido... que la persona más adecuada... para entrar a formar parte... de la empresa que nos ha contratado como selectora de personal... y por tanto... se alza como ganador... o ganadora... de esta selección... es...

El redoble de tambor se acentuó y Sara creyó que no podría aguantar más aquella tensión. Por el rabillo del ojo vio que sus compañeros también parecían cada vez más pálidos y nerviosos. Tras toser nuevamente, la mujer les sonrió.

–Laura Garrido –dijo escuetamente.

Tin tirín tintín tintín tiriri tin tirín tintín...

La música volvió a sonar con fuerza mientras ellos se fundían en un apretado abrazo. Tras ellos, el personal les aplaudía y vitoreaba, mientras las cámaras les grababan.

Mientras se encontraba en ese abrazo, Sara se tranquilizó de inmediato. Había estado muy cerca de conseguir su objetivo, cualquiera de los tres hubiera merecido ese contrato de trabajo, y si había sido capaz de llegar hasta allí, de ser una de las finalistas, podría conseguirlo la próxima vez. Entonces cayó en la cuenta de que tampoco sabían para qué trabajo habían estado peleando entre ellos; Laura tendría que aceptar una caja sorpresa con un trabajo dentro, fuera cual fuera.

Mientras nuevos azafatos conducían a Eduardo y a ella a la salida, los dos intentaron infructuosamente que les dijeran para qué empresa había sido la prueba. Pero al parecer todos habían firmado contratos de confidencialidad, por lo que no dijeron absolutamente nada. De hecho, nunca se enterarían, puesto que no tenían ninguna forma de ponerse en contacto con Laura para preguntarle. Y de todas maneras seguramente

también le harían firmar una cláusula de confidencialidad, como Eduardo afirmó cuando los dos se vieron empujados hacia la puerta de la calle.

Lo que no esperaban era la multitud de periodistas y cámaras que les esperaban fuera, así como un público muy numeroso con grandes cartulinas de colores donde habían escrito sus nombres rodeados de estrellas, corazones y exclamaciones, mientras cantaban algo así como “Sois los mejores” y “Os queremos”. Tras ver también varios carteles con hashtags de #LaGranEntrevista, dedujeron que todos ellos habían seguido las pruebas en directo a través de Internet.

Tras saludar a su público y despedirse el uno del otro con un “nos veremos en la próxima entrevista”, Sara recorrió de vuelta el camino hasta el coche con una sensación extraña. Distraída, tecleó en su móvil el hashtag de la entrevista y comenzó a ver todo tipo de vídeos y comentarios de gente animándola, gente que decía que había favoritismo y denunciando un tongo, gente que comentaba las pruebas, que reía con sus chistes, que tarareaba sus canciones, que criticaba a la candidata que había dado una patada y que llamaba campeones a los demás... Desde luego, los procesos de selección se habían vuelto muy mediáticos en los últimos años. Era tan difícil que alguien consiguiera trabajo, que las entrevistas se habían convertido en un gran acontecimiento social con un montón de seguidores...

En ese momento le entró una llamada. De un número muy largo, seguramente de una centralita.

Con una sonrisa, Sara respondió a la llamada. Estaba ansiosa por empezar la siguiente partida. ¡Juguemos a La Gran Entrevista!